

— Coseta, yo no he dado nunca mi palabra de honor á nadie. porque mi palabra de honor me causa miedo. Presiento que al lado de ella está mi padre. Pues bien, yo te doy mi palabra de honor más sagrada de que, si te marchas, moriré.

Había en el acento con que él pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila, que Coseta se puso á temblar, sintiendo ese frío que produce una cosa sombría y verdadera que pasa ante nuestra vista y ante nuestra mente. Pasmada y sobrecogida, cesó de llorar.

— Ahora, escucha, la dijo, no me esperes mañana.

— ¿Por qué?

— No me esperes hasta pasado mañana.

— ¡Oh! ¿por qué?

— Ya lo verás.

— ¡Un día sin verte! pero eso no es posible.

— Sacrifiquemos un día para tener tal vez toda la vida.

Y Marius añadió á média voz y por vía de aparte :

— Es un hombre que no cambia en nada sus hábitos, y no ha recibido nunca á nadie sino por la noche.

— ¿De qué hombre estás hablando? le preguntó Coseta.

— ¿Yo? no he dicho nada.

— Pues ¿qué es lo que esperas?

— Aguarda hasta pasado mañana.

— ¿Lo quieres así?

— Sí, Coseta.

Entónces ella le cogió la cabeza entre sus manos, levantándose sobre las puntas de los piés para hallarse á su altura, y procurando leer en sus ojos su esperanza.

Marius añadió :

— Estoy pensando en ello, es preciso que tú sepas las señas de mi casa, podrán suceder ciertas cosas, no sabe uno... yo habito en casa de ese amigo Courfeyrac, de quien ya te he hablado, calle de la Verrerie, número 16.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó de él un cortaplumas, y con la lámina escribió en el yeso de la pared :

16, *Calle de la Verrerie.*

Entre tanto Coseta había vuelto á su afán de mirarle de hito en hito en los ojos.

— Dime tu pensamiento, Marius. Tú tienes un pensamiento sin duda; dímelo. ¡Oh! dímelo, sí, para que yo no pase una mala noche!

— Mi pensamiento, véle aquí : es que es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

— ¿Y qué es lo que haré yo hasta entónces? dijo Coseta. ¡Tú estás allá fuera, gozas de completa libertad, vas y vienes! ¡Qué dichosos son los hombres! ¡Pero yo, voy á quedarme aquí enteramente sola! ¡Oh! qué triste voy á estar! Pero ¿qué es lo que vas á hacer mañana á la noche, dímelo?

— Voy á hacer una prueba.

— Pues yo rogaré á Dios y pensaré en ti desde aquí hasta entónces á fin de que salgas con bien. Ya no te preguntaré nada, puesto que no quieres. Tú eres mi dueño y mi señor. Mañana, pasará yo mi velada cantando esa música de *Euryanthe* que tanto te gusta á ti y que viniste á oír una noche junto á mi ventana. Pero pasado mañana vendrá temprano. Yo te esperaré por la noche, á las nueve en punto, te lo prevengo. ¡Dios mio! qué triste es que los días sean tan largos! Lo oyes, á las nueve en punto, ya estaré yo en el jardín.

— Y yo tambien.

Y sin habérselo dicho, movidos ambos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen á dos amantes en continua comunicacion; ebrios ambos de deleite, áun en su propio dolor, cayeron en los brazos uno de otro, sin apercibirse de que sus labios se habían unido miéntras que sus ojos levantados, desho-



dando el éxtasis y llenos de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando Marius salió, la calle estaba desierta. Era el momento en que Eponina seguía á los bandidos hasta el boulevard.

Mientras que Marius estaba soñando, apoyada la cabeza contra el árbol, una idea le había cruzado por la mente; pero; ah!; una idea que él mismo creía insensata é imposible! Había adoptado un partido violento

## VIII

EL CORAZON VIEJO Y EL CORAZON JÓVEN EN PRESENCIA  
UNO DE OTRO

El tío Gillenormand contaba en esta época sus noventa y un años bien cumplidos. Vivía siempre, con la señorita Gillenormand, en la calle de las Filles-du-Calvaire, nº 6, en aquella casa vieja que era de su propiedad. Como lo hemos visto ya, era él uno de esos ancianos del antiguo régimen, que esperan la muerte muy derechos, á quienes la edad carga sin hacerlos doblegar sin embargo, y á quienes ni áun los disgustos y las penas hacen inclinar la cabeza.

No obstante, de algun tiempo á esta parte, solía decir su hija: Mi padre va decayendo. Ya no daba de bofetadas á las sirvientas; no golpeaba con su baston, acompañando los golpes de dichos agudos y picantes, el descanso de la escalera cuando Basque tardaba en abrirle la puerta. La revolucion de Julio le había apénas exasperado por espacio de unos seis meses. Había visto casi con tranquilidad en el



*Monitor* esta asociacion de palabras: M. Humblot-Conté, par de Francia. En resúmen, el hecho es que el anciano se hallaba ya cansado y agobiado. No se doblegaba, no se rendía; pues esto distaba tanto de su naturaleza física como de su naturaleza moral; pero se sentía desfallecer interiormente. Cuatro años hacía que esperaba él á Marius, á pié firme, digámoslo así, con la conviccion de que aquel picaruelo llamaría á la puerta de un dia á otro; y ahora había llegado ya, en ciertos momentos tristes, á decirse que, por poco que Marius se hiciese aún esperar... — No era la muerte lo que se le hacía insoportable, sino la idea de que talvez no volvería ya nunca á ver á Marius. No volver á ver jamás á Marius, era una cosa que no había entrado ni un instante en su cerebro hasta entónces; ahora ya esta idea empezaba á aparecerle en la mente y le helaba de espanto. Como siempre sucede en los sentimientos naturales y verdaderos, la ausencia no había hecho más que acrecer su amor de abuelo para con el nieto ingrato que había abandonado su casa de aquella suerte. En las noches de Diciembre, con diez grados de frio, es cuando más se piensa en el sol. El señor Gillenormand era, ó, al ménos, se creía sobre todo incapaz de dar un paso, él, el abuelo, hácia su nieto; — ántes reventaría yo, decía, que hacerse semejante cosa! Él no confesaba que le faltase la razon ni aún en lo más mínimo; pero esto no obstante, nunca pensaba en Marius sino con profunda ternura y con la muda desesperacion de un pobre viejo que va ya caminando hácia las tinieblas.

Comenzaba á perder sus dientes, lo cual no dejaba de aumentar su tristeza.

Sin que él se lo confesara, no obstante, á sí mismo, pues sólo la idea de esto le habría puesto furioso, avergonzándole, el señor Gillenormand no había amado jamás á ninguna de sus queridas tanto como amaba á Marius.

Había hecho colocar en su cuarto, frente á la cabecera

desu cama, como la primera cosa que él quería ver al despertar, un antiguo retrado de su otra hija, la que había muerto, la señora Pontmercy, retrato hecho cuando ella tenía diez y ocho años. Y miraba sin cesar á aquel retrato. Un dia sucedió que dijo al considerarle:

— Yo encuentro que se le parece bastante.

— ¿ Á mi hermana? repuso la señorita Gillenormand.  
¡ Oh! sí.

El anciano añadió:

— Y á él tambien.

Una vez, estando él sentado, apoyadas las dos rodillas una contra otra, y con los ojos casi cerrados, en una actitud de verdadero abatimiento, su hija se arriesgó á decirle:

— ¿ Padre mio, es que usted le guarda siempre el mismo rencor?...

Y ella se detuvo aquí, sin atreverse á pasar más adelante.

— ¿ Á quién? preguntó él.

— Á ese pobre Marius.

Levantó él su vieja cabeza, apoyó sobre la mesa su puño enflaquecido y arrugado, y gritó con su acento más irritable y más vibrante:

— ¡ Pobre Marius, dices! Ese caballereite es un bribon de siete suelas, un picaro, un mal sugeto, un vanidosillo ingrato, sin corazon, sin alma, un orgulloso, un tunante!

Y volvió la cara, á fin de que su hija no viese una lágrima que tenía en los ojos.

Tres dias despues, rompió un silencio en el cual se había él encerrado hacía ya como unas cuatro horas, para decir á su hija á quemarropa:

— Yo había tenido el honor de rogar á la señorita Gillenormand que jamás me hablase de él.

La hija del viejo Gillenormand renunció pues á toda ten-



tativa y pronunció para sus adentros este profundo diagnóstico :

— Mi padreno ha querido nunca mucho á mi hermana desde su locura. Es claro tambien que detesta á Marius.

« Desde su locura » queria decir : desde que ella se casó con el coronel.

Por lo demas, y segun se ha podido conjeturar, la señorita Gillenormand habia fracasado en su tentativa de sustituir su favorito, el oficial de lanceros, á Marius. El sustituto Theódulo no habia conseguido agradar. El señor Gillenormand no aceptó el quiproquo. El vacío del corazon no se acomoda con un simple tapon, con un comparsa cualquiera. Theódulo á su vez, sin dejar de ir olfateando la herencia, repugnaba él la carga de tener que agradar. El buen viejo fastidiaba al lancero y el lancero chocaba al buen viejo. El teniente Theódulo era alegre sin duda, pero hablador sempiterno ; frívolo, pero vulgar ; buen vividor, pero de mala sociedad ; tenía queridas, es verdad, y hablaba de ellas mucho, tambien es cierto ; pero hablaba mal. Todas sus buenas calidades iban acompañadas de un defecto. El señor Gillenormand estaba ya cansado de oírle contar las buenas suertes y aventuras que él tenía en los alrededores de su cuartel, calle de Babilonia. Y despues, el teniente Gillenormand solia venir algunas veces de uniforme con la escarapela tricolor, lo cual le hacía enteramente imposible. El tio Gillenormand habia concluido por decir á su hija : — Ya estoy harto del tal Theódulo. Soy poco amigo de las gentes de guerra en tiempos de paz. Recibe tú, si quieres. Yo no sé si prefiero á un los espada-chines á estos que no hacen más que arrastrar la espada. El sonido agudo de las hojas de acero en las batallas es sobre todo menos miserable que ese ruido fastidioso de las vainas desable arrastrando por el empedrado de la calle ó por el pavimento de la casa. Y ademas, erguirse como un

perdonavidas fanfaron, y apretarse la cintura como una mujerzuela, llevar un corsé bajo una coraza, es ser ridículo dos veces. Cuando es uno un verdadero hombre, procura mantenerse á igual distancia de la fanfarronería y de la mariconería. Ni fierabras, ni afeminado. Guárdate, guárdate tu Theódulo para ti, si lo quieres.

Por más que le dijo su hija : — Sin embargo, es su sobrino de usted, aunque en segundo grado, — siempre resultó que el señor Gillenormand, que era abuelo hasta las puntas de las uñas, no era nada tio, ni en primero ni en segundo grado.

En el fondo, como él no carecia de talento, y comparaba, Theódulo no le habia servido sino para echar más de menos y hacerle más sensible la ausencia de Marius.

Una noche, era el 4 de Junio, lo que no impedia sin embargo que el tio Gillenormand tuviese una buena lumbre en su chimenea, habia él hecho salir á su hija que estaba cosiendo en la pieza inmediata. Hallábase, pues, solo en su cuarto de las pinturas-églogas, con los pies apoyados en los morillos, medio envuelto en su enorme biombo de coromandel de nueve hojas, reclinado de codos sobre su mesa donde ardian dos bujias bajo una pantalla verde, enterado en su sillón de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leer. Estaba vestido, segun su costumbre, de *incroyable*, y se parecia á un antiguo retrato de Garat. Este traje le habria hecho seguir y silbar por los gamins en las calles de París, pero su hija procuraba cubrirle, siempre que salia, con un vasto capoton de obispo, que ocultaba sus vestidos. En casa, excepto para acostarse y para levantarse, jamas usaba él basta. — *Esole da á uno trazas de viejo*, decia.

El tio Gillenormand pensaba en Marius de una manera amorosa y amarga á la vez ; y, como sucedia de ordinario, amargura predominaba en él. Su agría ternura acababa



siempre por hacerle hervir la sangre, y por convertirse en indignacion. Habia llegado á esa situacion en que se trata de tomar un partido y de aceptar lo que más nos desgarrar. Estaba en vía de explicarse que ya ahora no habia razon ni esperanza alguna de que Marius volviese al redil, que si hubiera debido volver, lo habria hecho ya, que por consiguiente, era preciso renunciar á toda esperanza. Probaba él á familiarizarse con la idea de que aquello era negocio concluido, y que moriria sin volver á ver jamas á « aquel caballero. » Pero toda su naturaleza se sublevaba en él; su vieja paternidad no podia consentir en ello. — ¡Cómo! decía á menudo entre sí, siendo este su estribillo doloroso, y no volverá ya aquí nunca! Su cabeza calva habia caido sobre su pecho, y tenia vagamente fija una mirada lamentable é irritada sobre la ceniza de su hogar.

En lo más profundo y concentrado de este ensueño, su antiguo criado, Basque, entró y le preguntó:

— ¿Es que mi amo puede recibir al señor Marius?

El viejo se enderezó sobre su asiento, pálido y semejante á un cadáver que se levanta bajo un sacudimiento galvánico. Toda su sangre se le habia agolpado al corazón. Y tartamudeó:

— ¿El señor Marius qué?

— Yo no sé, contestó Basque, intimidado y turbado por la actitud y el gesto de su amo, no lo he visto. Es Nicolette la que acaba de decirme: Ahí está un jóven, di al amo que es el señor Marius.

El tío Gillenormand dijo en voz baja y balbuciente:

— Decidle que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza bamboleando y fijos los ojos en la puerta. Volvióse esta á abrir á los pocos instantes, dando paso á un jóven. Era en efecto Marius.

Marius se detuvo á la puerta, como esperando á que le dijeran que pasase adelante.

Su traje, casi miserable, no se distinguia en la oscuridad que hacia la pantalla. Sólo se percibia su rostro tranquilo y grave, pero marcado con un sello de extraña y singular tristeza.

El tío Gillenormand, como atontado de estupor y de alegría, permaneció algunos instantes sin ver otra cosa que una claridad como cuando se halla uno en presencia de una aparicion. Estaba á punto de desfallecer; veia él á Marius al traves de una especie de deslumbramiento ó de fascinacion. ¡Era en efecto él, era sin duda Marius!

¡Por fin! ¡despues de cuatro años! Le abarcó, digámoslo así, todo entero de una ojeada. Le halló hermoso, noble, distinguido, alto, un hombre formado, con la actitud conveniente, con ademan gallardo y gracioso. Viniéronle ganas de abrir los brazos, de llamarle, de precipitarse; sus entrañas se fundieron en alborazo y arrobamiento, las palabras afectuosas le henchian y desbordaban de su pecho; por último, toda esta ternura se dió á luz, le llegó hasta los labios, y por medio del contraste, que era el fondo de su naturaleza, salieron de ellos palabras de dureza, diciendo bruscamente:

— ¿Qué es lo que usted viene á hacer aquí?

Marius respondió con embarazo:

— Señor...

El señor Gillenormand habria querido que Marius se arrojara á sus brazos. Estuvo, pues, descontento de Marius y descontento de sí mismo. Conoció que él se mostraba brusco y que Marius se mostraba frio. Para aquel buen hombre era una insorportable é irritante ansiedad el sentirse tan tierno y tan desconsolado en su interior, y no poder mostrarse sino duro en el exterior. La actitud vol-



vió á apoderarse de él ; é interrumpiendo á Marius con su acento áspero, le dijo de nuevo :

— ¿ Entónces por qué viene usted ?

Este « entónces » significaba : *Si usted no viene á abrazarme*. Marius miró á su abuelo, á quien la palidez daba un semblante de mármol.

— Señor...

El anciano repuso con voz severa :

— ¿ Viene usted á pedirme perdon ? ¿ ha reconocido usted su error ?

Así creía él colocar á Marius en la senda conveniente, y que « el muchacho » iba á humillarse al fin. Marius se estremeció ; lo que se le pedía, era nada ménos que desconociera y desaprobara á su padre ; bajó los ojos y respondió :

— No, señor.

— Pues entónces, exclamó impetuosamente el anciano con un dolor punzante y lleno de enojo, ¿ qué es lo que usted quiere de mí ?

Marius cruzó las manos, dió un paso hácia adelante, y dijo con voz débil y temblorosa :

— Señor, tenga usted compasion de mí.

Esta palabra removió los humores del señor Gillenormand ; dicha ántes, le habria enternecido, pero ya venia demasiado tarde. El abuelo se levantó ; apoyóse en su baston con ambas manos, sus labios estaban blancos, su frente vacilaba, pero su talla elevada dominaba á Marius inclinado.

— ¡ Compasion de usted, caballero ! ¡ Y es el adolescente quien implora la compasion al anciano de noventa y un años ! Usted entra ahora en la vida, y yo salgo ; usted va al teatro, al baile, al café, al billar, usted tiene talent, gracia y donaire, usted agrada á las mujeres, es usted un guapo mozo, miéntras que yo escupo sobre mis tizonas en mitad del verano ; usted es rico, puesto que posee las únicas ri-

quezas que hay en el mundo, yo tengo todas las pobrezaas de la vejez ; las enfermedades y el aislamiento ! Usted tiene sus treinta y dos dientes, un buen estómago, los ojos vivos y alegres, la fuerza, el apetito, la salud, la alegría, un bosque de pelo negro, yo carezco ya hasta de mis canas, he perdido mis dientes, pierdo mis piernas, pierdo tambien la memoria, hay tres nombres de otras tantas calles que yo confundo á menudo, la calle Charlot, la calle del Chaume y la calle de Saint-Claude, á esto he venido á parar ; usted tiene delante de sí todo el porvenir lleno de sol, yo empiezo ya á no ver en él ni una pizca, segun lo que voy avanzando en la oscuridad de la noche ; usted está enamorado, esto se supone desde luégo, yo no poseo el amor de nadie en este mundo : y es usted quien me pide á mi piedad y compasion ! De seguro que Molière ha olvidado esto. Si así es cómo ustedes se bromean en el Palacio de Justicia, señores abogados, yo los felicito con toda mi alma. ¡ Buenos perillanes están ustedes !

Y el nonagenario volvió á preguntar con voz enfadosa y grave.

— ¡ Ea, vamos ! ¿ á qué viene usted á esta casa ?

— Señor, dijo Marius, yo sé muy bien que mi presencia le desagrada á usted, pero vengo solamente para pedirle una cosa, y despues me iré en seguida.

— ¡ Usted es un necio ! dijo el anciano. ¿ Quién le ha dicho que se vaya ?

Esto equivalia á la traduccion de esta palabra tierna que él tenia en el fondo de su corazon : *¡ Pero pídememe perdon ! ¡ abalánzate á mi cuello y á mis brazos !* El señor Gillenormand sentia que Marius iba á dejarle al cabo de algunos instantes ; que con su mala acogida le rechazaba, que su dureza le despedia á toda prisa ; decíase él todo esto, y su dolor acrecia por momentos ; y como su dolor se transformaba inmediatamente en ira, su dureza aumentaba



sin cesar. Habría él querido que Marius comprendiese, y Marius no comprendía; y esto ponía furioso al pobre anciano, quien al fin prorumpió diciendo:

— ¡Cómo! usted es quien me ha faltado, á mí, que soy su abuelo, usted ha abandonado esta casa para irse no sé sabe adónde, usted ha llenado de angustia y desconsuelo á su tia, usted se ha ido, esto se adivina desde luego. es más cómodo, á hacer la vida de mocito soltero, á hacer el lechuguino, entrar en casa á todas horas, divertirse, no me ha dado usted señales de vida, ha contraído usted deudas sin decirme siquiera que las pague, se ha hecho usted un turbulento rompe-persianas y rompe-vidrieras, y al cabo de cuatro años, viene usted á mi casa, y no encuentra usted nada más que eso que decirme!

Esta manera violenta de estimular al nieto á la ternura no dió otro resultado que el silencio de Marius. El señor Gillenormand se cruzó de brazos, actitud que era en él particularmente imperiosa, y apostrofó á Marius con extrema amargura:

— Ea, acabemos cuanto ántes. ¿Usted viene á pedirme algo, no es verdad? Dígalo pronto. ¿Y bien, qué es? ¿qué quiere usted? hable, pues.

— Señor, dijo Marius con la mirada de un hombre que siente que va á caer en un precipicio, vengo á pedir á usted permiso para casarme.

El señor Gillenormand hizo sonar la campanilla. Basque entreabrió la puerta.

— Haga usted venir á mi hija.

Un segundo despues, volvió á abrirse la puerta, la señorita Gillenormand no entró, sino que se asomó solamente; Marius estaba de pié, mudo, con los brazos colgando, y con una cara de criminal; el señor Gillenormand iba y venía, paseándose á lo largo de la pieza. Volvióse hácia su hija y la dijo:

— Nada. Es el señor Marius. Salúdale. Este caballero quiere casarse. Hé ahí. Anda véte.

El sonido de voz, breve y ronca, del anciano anunciaba desde luego una extraña plenitud de arrebato y de ira. La tia miró á Marius como sorprendida y azorada, pareció reconocerle apénas, no dejó escapar ni un gesto, ni una sílaba, y desapareció ante la breve indicacion de su padre, más pronto que una arista ante el soplo del huracan.

Entre tanto el tío Gillenormand habia vuelto á respaldarse contra la chimenea.

— ¡Casarse! ¡á los veintiun años! ¡Y usted es quien ha dispuesto eso! ¡No tiene usted más que hacer sino pedir un permiso! ¡una simple formalidad! ¡Siéntese usted, caballero. Ea bien, usted ha disfrutado de toda una revolucion desde que yo no tengo el honor de verle. Los jacobinos han triunfado. Ha debido usted quedar satisfecho y contento. ¿No es usted republicano desde que es baron? Usted acomoda y concilia bien sin duda todas esas cosas, tan contradictorias. La república hace una salsa á la baronía. ¿No es usted condecorado de Julio? ¿no ha sido usted de los que tomaron el Louvre, caballero? Muy cerca de aquí, en la calle de San Antonio, frente á la calle de las Nonains-d'Hières, hay una bala de cañon incrustada en la pared en el tercer piso de una casa, con esta inscripcion: 28 de Julio de 1830. Vaya usted á ver eso. Es cosa que produce muy buen efecto. ¡Ah! hacen muy bonitas cosas, sus amigos de usted! Á propósito, es que no están haciendo también una fuente en el sitio del monumento del señor duque de Berri? Conque así, ¿usted quiere casarse? ¿con quién? se puede, sin indiscrecion, preguntar con quién?

Dicho esto, se detuvo. y, ántes que Marius hubiese tenido tiempo de responder, añadió violentamente:

— ¿Ah pero, usted tiene una profesion, una carrera?



¿ una fortuna necha ? ¿ Cuánto gana usted en su oficio de abogado ?

— Nada, contestó Marius con una especie de firmeza y de resolución casi huraña.

— ¿ Nada ? conque no tiene usted para vivir sino las mil doscientas libras que yo le paso ?

Marius no respondió á esto ni una palabra. El señor Gillenormand continuó :

— ¿ Entónces, ya comprendo, es que la muchacha es rica ?

— Como yo.

— ¡ Pues qué ! ¿ no tiene dote ?

— No, señor.

— ¿ Y esperanzas ?

— No lo creo.

— ¡ Pelona ! ¿ y qué cosa viene á ser el padre ?

— No lo sé.

— ¿ Cómo se llama ella ?

— La señorita Fauchelevant.

— ¿ Fauche... qué ?

— Fauchelevant.

— ¡ Puf ! dijo el viejo.

— ¡ Señor ! exclamó Marius.

El señor Gillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla á sí mismo.

— Eso es, veintin años, sin oficio ni beneficio, mil doscientas libras al año, la señora baronesa de Pontmercy irá á comprar dos sueldos de perejil á casa de la verdulera.

— ¡ Señor, repuso Marius en el extravío y el delirio de la última esperanza que se desvanece, le suplico á usted !... le ruego con las más vivas instancias, en nombre del cielo, con las manos puestas, señor, y postrado á sus piés de usted, le pido encarecidamente que me permita casarme con ella !

El viejo lanzó una estridente y lúgubre carcajada, en medio de la cual tosía y hablaba al mismo tiempo.

— ¡ Ah, ah, ah ! usted dijo para su coletó : ¡ Pardiez ! ¡ voy á ir á ver á aquel viejo pelucon, aquel absurdo zoquete ! ¡ Qué lástima que no tenga yo ya mis veinticinco años ! ¡ cómo me le espetaría yo una buena intimación respetuosa ! ¡ qué bien me pasaría yo sin él ! De todos modos le diré : Viejo tonto, demasiado dichoso eres tú en verme ; yo tengo ganas de casarme, me ha dado el capricho de unirme en santo matrimonio con la señorita no importa quién, hija del señor no importa qué ; yo no tengo zapatos, ella no tiene camisa, esto marcha ; se me antoja echar al río mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida ; se me ocurre dar una zambullida en la miseria, con una mujer al cuello ; es mi voluntad y mi capricho, preciso será que tú consentas en ello ! y el viejo fósil consentirá sin duda. Anda, muchacho, haz lo que quieras, cuélgate tu canto al cuello, cástate con tu Pousselevant, ó tu Coupelevant... — ¡ Cá ! ¡ jamas, caballero ! ¿ lo oye usted ? ¡ jamas !

— ¡ Padre mio !...

— ¡ Jamas !

Por el tono en que este « jamas » fué pronunciado, creyó Marius perder toda esperanza. Atravesó la pieza á paso lento y con la cabeza baja, tambaleándose, pareciendo más bien una persona que va á morir que una persona que va á marcharse. El señor Gillenormand le seguía con la vista, y en el momento en que se abrió la puerta y en que Marius iba á salir, dió él cuatro pasos con esa vivacidad senil de los viejos impetuosos y voluntariosos, asíó á Marius por el cuello, le recondujo enérgicamente al interior del cuarto, le arrojó sobre un sillón, y le dijo :

— ¡ Cuéntame eso !

Esta sola palabra, *padre mio*, escapada á Marius, era la que habia producido en él toda esta revolucion.



Marius le miró con la vista extraviada. El semblante móvil del señor Gillenormand no expresaba ya nada más que una ruda é inefable bondad. El abuelo había cedido el campo al padre.

— Vamos á ver, habla, cuéntame tus amoríos, chárlame, dímelo todo! ¡Caracoles! ¡y qué tontos son los jóvenes de hoy día!

— Padre mio,... añadió Marius.

Y todo el rostro del anciano se iluminó con un resplandor indecible.

— ¡Sí, eso es! ¡llámame tu padre, y ya verás!

Había ahora un no sé qué de bondad, de dulzura y de paternal franqueza en esa actitud brusca del anciano; de modo que Marius, en tan repentino tránsito del desaliento á la esperanza, hallóse como ebrio y azorado. Estaba sentado junto á la mesa, y la luz de las bujías hacia visible el destrozo de sus ropas que el tío Gillenormand consideraba con asombro.

— Y bien, padre mio,... dijo Marius.

— ¡Ah! ¿pero, según veo, interrumpió el señor Gillenormand, tú no tienes en realidad ni un centavo? Vas vestido como un ladrón.

Y diciendo y haciendo, el viejo tiró de un cajón, y sacó de él una bolsa que puso sobre la mesa:

— Toma, aquí tienes cien luises, cómprate un sombrero.

— ¡Padre mio, prosiguió Marius, mi buen padre, si usted supiera! ¡la amo tanto!... Usted no puede figurárselo; la primera vez que la vi fué en el Luxemburgo; ella iba allí entonces; al principio, yo no la hice grande atención, y después, no sé cómo sucedió, pero el hecho es que me prendé de ella y me encontré enamorado muy de veras. ¡Oh! cuánto me ha hecho sufrir este amor! ¡qué desgraciado he sido! Pero, al fin, ya ahora la veo todos los días, en su casa; su padre no sabe nada: imagine usted que se van á

marchar; es en el jardín donde nos vemos, por la noche; su padre quiere llevarse á Inglaterra; y entonces yo he dicho para mí: voy á ver á mi abuelo y á contarle lo que me pasa. Me volvería yo loco desde luego, me moriría, me pondría enfermo, me echaría al río. Es preciso absolutamente que me case con ella porque, de lo contrario, perdería el juicio. En fin, ahí tiene usted toda la verdad; no creo haber olvidado nada. Vive en un jardín, donde hay una verja, calle de Plumet. Es hacia el lado de los Inválidos.

El tío Gillenormand se había sentado radiante de gozo junto á Marius. Mientras que así le escuchaba y se deleitaba con el sonido y con el tono de su voz, saboreaba al mismo tiempo un enorme polvo de rapé que tenía empuñado. Al oír esta palabra: calle de Plumet, interrumpió su aspiración y dejó caer el resto del tabaco sobre sus rodillas.

— ¡Calle de Plumet! ¿has dicho calle de Plumet? — ¡Vamos á ver qué es eso! — ¿No hay un cuartel por allí cerca? — Ah, sí, eso es. Tu primo Theódulo me ha hablado de ella. El lancero, el oficial. — ¡Una muchachuela, mi amiguito, una muchachuela! — ¡Pardiez, sí, calle de Plumet. Es la que en otro tiempo llamaban calle de Blomet — Ya lo voy recordando. He oído hablar ya mucho de esa chica de la verja de la calle Plumet. En un jardín, una Pamela. No tienes mal gusto. Dicen que es guapita. Sea dicho acá entre nosotros, yo creo que ese bobalicon de lancero la ha hecho un poco la corte. No sé hasta dónde habrá llegado la cosa. En fin eso no le hace nada. Además, á él no se le debe dar crédito. Es un jactancioso. Marius! yo encuentro eso muy bien, que un joven como tú sea enamorado. Es propio de tu edad. Más te quiero enamorado que jacobino. Me gustará verte prendado de unas faldas, canario! y aunque sea de veinte faldas, más bien que prendado de Robespierre! Por lo que hace á mí, me hago esta justicia, que, en punto



á *sans-culottes*<sup>1</sup>, no me han gustado sino las mujeres. Las niñas bonitas son siempre las niñas bonitas, ¡qué diablos! esto no admite réplica. En cuanto á la chica, te recibe á escondidas del papá. Eso ya se entiende. Yo tambien he tenido historias por el estilo de esa. En más de una ocasion. ¿Sabes tú lo que se hace? no se toma la cosa con ferocidad; no hay que precipitarse en lo trágico; no se concluye nunca en casorio, en el señor cura con su estola y en el señor alcalde con su banda. Se procura ser, haciéndose el tonto, un mozo de talento y de chispa. Se tiene juicio. Resbalad, mortales, cuanto quisierais, con tal que no os caséis. Se viene en busca del abuelito que, en el fondo, es un buen hombre, y que siempre tiene algunos rollos de luisés en una gaveta vieja; y se le dice: Abuelo, hé aqui lo que me pasa. Y el abuelo dice: Eso es una cosa muy sencilla. Es preciso que la juventud principie á vivir y que la vejez se vaya despidiendo de la vida. Yo he sido jóven, tú serás viejo. Anda, hijo mio, tambien tú darás esta leccion á tu nieto. Ahí tienes doscientas doblillas de oro. Diviértete, ¡canario! ¡Nada hay mejor que eso! así es como debeshacer esa jugada. No se casa uno, pero eso no impide... ¿Me comprendes?

Marius, petrificado y en estado de no poder articular ni una sola palabra, hizo un signo negativo con la cabeza.

El viejo se echo á reir á carcajadas, guiñó sus párpados arrugados, le dió una palmada en la rodilla, le miró alsoslayo con un gesto misterioso y radiante, y le dijo, encogiéndose de hombros de la manera más tierna del mundo:

— ¡Animal! haz de ella tu querida.

Marius palideció. Nada habia comprendido él de cuanto acababa de ensartarle su abuelo. Aquella machaquería de

<sup>1</sup> «Sin-calzones», nombre que dan en Francia á lo que los políticos españoles llaman «los descamisados». Conservamos la palabra por el sentido que la da el autor, bien que hoy las mujeres usen casi tanto de los calzones como de la camisa.

calle de Blomet, de Pamela, del cuartel, del lancero, habia pasado como una fantasmagoría por los oídos de Marius. Nada de esto podia referirse á Coseta, que era una cándida azucena. Aquel buen hombre divagaba. Pero esta divagacion habia venido á concluir en una palabra que Marius comprendió al momento, y que era una mortal injuria á Coseta. Esta palabra, *haz de ella tu querida*, penetró como una lámina de acero en el corazon del austero y honrado jóven.

Se levantó, recogió su sombrero que estaba en el suelo, y se dirigió hácia la puerta con paso firme y seguro. Llegado allí, se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó despues la cabeza, y dijo:

— Cinco años há, ultrajó usted á mi padre; hoy ultraja usted á mi mujer. Ya no le pido á usted nada, señor mio. Á Dios.

El tio Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, tendió los brazos, probó á levantarse, y ántes que hubiera él podido pronunciar una palabra, la puerta habia vuelto á cerrarse y Marius habia desaparecido.

El anciano permaneció algunos instantes inmóvil y anodado, sin poder hablar ni respirar, como si un puño cerrado le comprimiera la garganta. Por fin se arrancó de su butaca, corrió hácia la puerta, en cuanto es posible correr á los noventa y un años, la abrió, y gritó:

— ¡Socorro! ¡socorro!

Su hija apareció inmediatamente, y en seguida los criados. Él les dijo entónces, con un estertor lamentable:

— Corred tras él! cogédmele! ¿qué es lo que yo le he hecho? sin duda está loco! se va! Ah! Dios mio! ah! Dios mio! esta vez, ya no volverá!

Y dirigiéndose á la ventana que daba á la calle, la abrió con sus manos vetustas y trémulas, se inclinó más que á



la mitad del cuerpo, mientras que Basque y Nicolette le sujetaban por detras, y gritó desolado :

— Marius! Marius! Marius! Marius!

Pero Marius no podia ya oirle, pues en aquel mismo instante volvía él la esquina de la calle de San Luis.

El nonagenario se llevó dos ó tres veces ambas manos á las sienes, con una expresion de mortal angustia, retrocedió oscilando, y se dejó caer sobre un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios con ademan estúpido, no teniendo ya nada en los ojos ni en el corazón sino cierta cosa triste y profunda que e parecia á la noche.




LIBRO NOVENO

ADÓNDE VAN?

I

JUAN VALJEAN

Aquel mismo día, á eso de las cuatro de la tarde, hallábase Juan Valjean solo, sentado en el declive de una de las escarpas más solitarias del Campo de Marte. Ora fuese por prudencia, ó bien por el deseo del propio recogimiento, ó buenamente efecto de uno de esos insensibles cambios de costumbre que se introducen poco á poco en todas las existencias, el hecho es que ahora sona salir muy rara vez con Coseta. Llevaba su chaquetón de obrero, y un pantalón de algodón gris; su gorra de ancha visera le cubría enteramente el rostro. Estaba ahora tranquilo y se consideraba di-